

¡PERILUSTRE CIUDAD DE CORTE Y AUDIENCIA!...

Por LUIS EDMUNDO HEREDIA

Sin duda fue Sucre, en un pasado no lejano de infancia, ciudad de Corte y Audiencia: patrio escenario de Obispos, cabildantes y Arzobispos, convertida en centro ciudadano estudiantil, agrarista y universitario por antonomasia: de hermosas normalistas y fecundos badulaques de alcega espírita. (La "Noche y Leal Villa" de Pedro Anzures, Marqués de Campo Redondo). Foco de permanentes rebeliones germinales; puesto que fueron doctores claudales y académicos carolinistas los que gestaron aquel primigenio movimiento insurreccional de 1809, (la epopeya civil del 25 de Mayo)... Ciudad jardín de los floridos arriates; perfumadas huertas; de anchos patios y solanas; de claustrales academias; recoletos eremitorios y también la de ajetreos levíticos de ciudad chica.



Mirador del Parque.- (SUCRE)



Palacio de Justicia y sede de la CORTE SUPREMA (SUCRE)

Se ingresa a Sucre por el verdeante prado nominado como "Parque" con mayúscula: arbolado de frondosas y umbrías alamedas, llenas de reminiscencias versallescas. Rumoroso de hojarascas, sereno en sus frondas aliadas como bosquecillos del Chateau, junto al "petit Triángulo".

Unicamente rompe su verde uniformidad ramificada, una forzada réplica de la "Tour Eiffel": es el "observatorio" de este pequeño París...

Al salir del parque e ingresar en el casco ciudadano, enfrentamos el bellísimo edificio de la Corte Suprema de Justicia en el que, la antigua tradición foronense de esta ciudad doctoral de goya y birrete, encuentra su más armónica expresión arquitectónica; puesto que el constructor supo entroncar y unificar en forma limpia y aiosa el severo espíritu de la Ley con una gracia modernista que deleita la pupila con el equilibrio casi musical de sus estructuras.

Y lo que es más: este edificio, sobrio y elegante, no exhibe la obligada simbología romana de la Justicia y el Derecho.

Luego desembocamos en la enorme plaza "25 de Mayo" semejante en algo a la plaza Vendôme de París: atestada de porfíticos badulaques mientras cobija, bajo la sonora arboleda de "heveas", a la bella grey femenina de normalistas... (Plaza de las clásicas retretas dominiguas alas que alguien designara como: "academias al aire libre")

Se suceden anchas calles de amplísimos veredones.

Cuadras y cuadras alargadas por el obsesivo enjalbe; por la espesa e interminable cal de sus muros desnudos: purificados por el blanco impoluto. Sin embargo, encontramos cierto barroquismo en su arquitectura proto-virreinal que nos recuerda a Croce cuando sostenía: "el barroco es una sorta di brutto". Sucre constituye irrefutable probanza en contrario!

Después: calles de santos como la San Alberto y de Bancos...

Cuadras enjalbegadas rigurosamente. Iglesias y conventos: Santo Domingo, en el pasado Casa de Justicia, San Lázaro: donde se alzaban preces realistas y se discriminaban alfilerazos e imponían "guleones".

Y la capillita del "Gran Poder" donde ardía, entre sahumerios y letanías, el velón verde del Santo Oficio y que, hasta nuestros días, exhibe la secular y exbelta palmera tajada por el rayo.

San Francisco: convento y cuartel.

La Catedral con su anchura sala capítular en cuya testera se muestra todavía la Bula original que instaurara el Episcopado de Charcas: la "Super Specula Militantis Ecclesiae".

El mismo espíritu de un pasado aún lejano en el tiempo pero no en los usos ni en el natural señorio, aflora hasta los muros terrosos de la Recoleta donde un fraile somnoliento nos franquea la entrada para admirar el joyante coro, labrado en noble cedro y las valiosas pictografías de una preciosa capillita de epístola.

La tradición académica de la culta Charcas se remonta, por lo demás, a la Cédula de fundación de la Academia Carolina: severa escuela de práctica jurídica e intensiva preparación retórica; nexo formal entre Universidad y Audiencia, avalada, hasta el presente, por la continuidad esclarecida de San Francisco Xavier: avanzada imbatible de un puro y elevado revolucionarismo; reafirmado en aquellas incomparables asambleas claustrales de magistrados y doctores, de ese "Forum" de la Real Academia Carolina que incubara a poco: "al grupillo de revoltosos doctorcillos" como denunciara el realista Ramón García de León y Pizarro. Vieja casona de catráticos de Prima, Cánones y Leyes, convertida hoy en vigente solar de cultura y humanismo.

Por último, algo que respalda y atesta nuestros asertos en lo que atinge a la calidad estudiantil y agrarista de Sucre, constituye el hecho de que el universitario, la normalista son dueños naturales de esta ciudad litológica. Y es agrarista puesto que nunca falta la presencia animada del campesino yotaleño o tarabuco, exhibiendo el típico ferreo del siglo XVI: el cortísimo ponchito listado y la clásica montera, exacto remedo del bruñido casco del Tercero español.

En definitiva, más allá de toda impresión meramente epidérmica y circunstancial, y acaso al margen del espíritu de estas líneas, concluiremos afirmando que Sucre, es hoy como en el ayer heroico, impecable bastión de bolivianidad porque en este nobilísimo solar de casonas silentes y calles blancas, iluminadas y recoletas, nació Bolivia...



"MITO Y REALIDAD DE LA REFORMA AGRARIA"

Editado por "Los Amigos del Libro", acaba de aparecer un nuevo libro de Amado Canelas: "Mito y realidad de la Reforma Agraria" que, según su autor, es un complemento de sus anteriores obras. En el preámbulo, Canelas afirma que la línea de esta obra es la de "poner en letras de molde la realidad objetiva, frecuentemente distorsionada por la consigna sectorial; e interpretarla, en función de los intereses nacionales tal cual los concebimos, identificados con los de las masas trabajadoras, vale decir, con la liberación del país de la explotación imperialista y la de esas masas del yugo del capitalismo, sistema que consideramos históricamente caduco...". No hace falta reproducir más del preámbulo para darse cuenta de que Amado Canelas es marxista-leninista, sin ser comunista, según lo afirma él mismo.

En efecto, al analizar el pensamiento agrario del Partido Comunista de Bolivia, indica que, "teóricamente, el P.C. es la vanguardia política, esclarecida y combatiente de la clase obrera y de todo el pueblo trabajador". Por consiguiente afirma luego: "en el problema agrario, lo mismo que en los otros, tendría que afirmarse que la posición más justa y el papel más activo fueron y son los de ese partido, aunque, después de 10 o 20 años, tuviese que admitirse lo contrario". "Felizmente dice el autor - tuvimos el acierto, o quizás mejor sería decir la fortuna, de no inscribirnos en el PCB, por lo cual, esforzándonos en ser intelectuales marxistas-leninistas independientes, podemos cumplir nuestro deber de análisis tal cual lo entendemos, tratando de llegar a la verdad, no importa cual pudiese ser".

Amado Canelas entra en numerosas contradicciones en su obra, en general, y en la misión y tareas del Partido Comunista, en particular. En este respecto, di-

ce estar convencido de que si porvenir boliviano, la solución real de nuestros problemas, no pueden concebirse sino en función del desarrollo de un PCB unido y cada vez más influyente".

La gran contradicción en que incurre el autor es la de que, junto con afirmar que el marxismo-leninismo fue el inspirador de la reforma agraria boliviana, los errores cometidos son casi íntegramente cargados a la cuenta del MNR. Ha olvidado el autor que la reforma agraria "movimentista" no fue sino inspiración marxista-leninista - comunista, y que fueron comunistas y piristas, incrustados en la plana mayor movimentista, los que dieron el paso más importante en la llamada reforma agraria de 1952 y en su subsiguiente fracaso total.

Analiza la problemática de la reforma agraria, no desde el punto de vista independiente, como pretende, sino desde su sitio de marxista-leninista. De ahí que sus mayores alcances tienden a decapitar a la gran minería, a la oligarquía terrateniente, al imperialismo, etc., utilizando el lenguaje que nos es común cuando escuchamos o leemos los argumentos de la extrema izquierda aquí o en cualquier parte del mundo. El molde es el mismo. Se refiere al feudalismo y al agrarismo bolivianos antes y después de 1952, y reproduce documentos o partes de documentos emitidos por casi todos los partidos políticos del país sobre la materia. Y ninguno de ellos se salva de su crítica y su condenación. En resumen, "Mito y Realidad de la Reforma Agraria" es una relación documental del fracaso del marxismo-leninismo en la reforma agraria boliviana, escrita por un marxista-leninista no comunista. La obra - muy documentada, por cierto - no ofrece, empero, una salida a esos fracasos, no señala un nuevo camino en la materia.

RAMIRO CID

PRESENCIA

DIRECTOR: JUAN QUIROS

Casilla 1913

LITERARIA

La Paz, Domingo 22 de Mayo de 1966

OSCAR RIVERA RODAS

UNA VIDA EJEMPLAR AL SERVICIO DEL PAIS

Por HEBERTO AÑEZ



Dr. PLACIDO MOLINA MOSTAJO

Retraído en el ambiente apacible de sus libros y recuerdos, vive en Santa Cruz, su ciudad natal, el doctor Plácido Molina Mostajo, notable figura del foro y de las letras nacionales. Nonagenario ya, es sin duda la última reliquia de una de las generaciones más brillantes que ha dado la tierra oriental, no sólo maravilloso por sus eclosiones telúricas, sino igualmente rica en la espiritualidad de su gente, que en contraste con la adustez del habitante andino, muestra al forastero la cara risueña de Bolivia.

En la fulgurante galería están los nombres de Emilio Finot, José Benjamín Burela, Gustavo Parada, Felipe Leonor Ribera, José Peredo, monseñor Daniel Rivero, Neptalí Sandoval, Canónigo Antonio Egúez Bazán y tantos otros que con Molina aplicaron sus talentos a la ciencia, la literatura, la cátedra, el periodismo. Puede afirmarse que aquella pléyade abrió y cerró un ciclo en la vida cultural de Santa Cruz.

No pretenden estas líneas hacer la biografía de Molina, que para ello necesitaría más de un volumen, sino simplemente el esquema ligero, sin duda incompleto, de su múltiple labor intelectual, a modo de homenaje al hombre que, bajo una montaña de méritos, siente que la indiferencia y el olvido son como un anticipo de su propia muerte.

Molina, llamante bachiller, inició su vida pública en las funciones docentes. Fue profesor en el plantel donde había sido alumno destacado. Actuó bajo la inspiración del sabio y santo obispo José Belisario Santistevan, mentor de juventudes. Mientras tanto, concluyó sus estudios facultativos y obtuvo el título de abogado. Posteriormente desempeñó el Rectorado de la Universidad "Gabriel René Moreno". En esta fase de su carrera escribió textos de Historia, Geografía y Métrica Castellana.

En colaboración con Emilio Finot, vate cruceño tempranamente fallecido, publicó una antología de poetas bolivianos, editada en París. Agotada hace mucho tiempo, constituye joya literaria en algunas bibliotecas particulares. Trabajos sesudos y de gran valor documental son sus libros sobre la Gobernación e Intendencia de Santa Cruz y el Obispado de la misma sede. Vigorosa contenido polémico hoy en su refutación a la "Historia de Santa Cruz de la Sierra", del escritor argentino Enrique de Gandía.

CENTENARIO DE MANUEL MARIA CABALLERO, EL PICO DE ORO

Por SANTIAGO JORDAN SANDOVAL

La publicación que contiene los discursos y poesías de más de veinte escritores conocidos en los círculos intelectuales de la capital de la República, en la "Revista Chilena" de Amundegui y Diego Barros Arana, la prensa de esa época, los anuarios legislativos e historias de la Literatura Boliviana, nos permiten aquilatar la preciosa personalidad de Manuel María Caballero, fallecido en Sucre, el 14 de mayo de 1866, en ejercicio del apostolado de la enseñanza y de Vice-Canciller de la Universidad Mayor de San Francisco Xavier de Chuquisaca.

En el Centenario de la muerte de este pensador, literato y orador del siglo pasado, acerca de quien, que sepamos, en los últimos años, sólo se han ocupado René Moreno y Carlos Gregorio Taborga con algún detalle, Enrique Finot y Augusto Guzmán muy breve, a buen seguro, por falta de datos, que se encuentran en la prensa y revistas de aquella época, depositados en los anaqueles volutuosos del Archivo Nacional, reliquia histórica a la que muy pocos llegan por el factor distancia y falta de tiempo en este período recargado por tareas revolucionarias del espíritu para intentar una investigación que colocaría al genio en la categoría que le corresponde, entre los hombres representativos de Bolivia, por la variedad de sus preparaciones y la versación en diferentes escuelas literarias, al decir de sus biógrafos.

Manuel María Caballero, político dinámico del siglo pasado, era hijo de don Vicente Caballero, diputado por Vallegrande al Congreso Constituyente del 6 de Agosto de 1825, junto con Antonio Vicente Seoane diputado por Santa Cruz. El Dr. Manuel María Caballero, nació en la ciudad de Vallegrande, el 26 de julio de 1819, por ello declaró en cierta ocasión que "despertó a escuchar el estampido del cañón de Ayacucho y el himno de la libertad fue la primera armonía que halagó sus oídos".

Los estudios de secundaria los cursó en el Colegio Nacional de Santa Cruz de la Sierra, desollando principalmente en Filosofía. De cepa tradicional, prestigio a su pueblo y suministró auxilio a un grupo de oficiales peruanos prisioneros de Ingavi, que habían sido enviados a la Capital de aquel departamento. Interesado en su superación viajó a Sucre, donde descoló a poco tiempo de su llegada y llamó la atención de los examinadores de la Academia de aquella Casa de Estudios.

Sucre, la ciudad apacible, conservadora y profundamente religiosa, le designó diputado en 1855. Su ascendiente intelectual era tan conocido que, en su condición de masón en modo alguno menguó su popularidad y virtudes efímeras. Su pueblo natal, Vallegrande, lo nombró representante a la Constituyente de 1857. Allí, como en oportunidades anteriores, proclamó el imperio de la razón sobre el despotismo, puso en juego el verbo cáldo de sus elevados conceptos, defendió la democracia representativa, y junto a don Evaristo Valle en 1861, el principio de la independencia de las Municipalidades, llegando a sostener esa ideología hasta en el periódico "El Centinela de la Revolución de Septiembre".

Era, al decir de sus biógrafos, su actuación parecida a la de Mirabeau, planteó la abolición de las dictaduras. "Nunca su palabra elocuente ni su pluma se prostituyeron, afirmaba, René Moreno; con su talento pudo elevarse a los primeros puestos, pudo conquistar honores y distinciones lucrativas, pero su modestia era tan grande como su mérito, y quiso que su inteligencia no estuviera sino, al servicio de los intereses sociales, al servicio del pueblo que tanto amaba. Espíritu de granjería o miedo personal no puede imputársele. No solamente está exento de sospecha, sino que también es digno de respeto".

A poco tiempo que don Juan de la Cruz Benavente fuera acreditado en Misión Especial ante el Gobierno Peruano y la escuadra española se posesionara de la isla peruana de Chincha que alarmó a las Cancillerías de Chile y Bolivia, Caballero con ese espíritu de solidaridad que le distinguía, en su calidad de miembro de la Comisión de Negocios Extranjeros de la Convención de 1864, planteó la Doctrina del no reconocimiento de la intervención de los Estados Europeos en asuntos americanos, adelantándose a la política de no intervención en claves panamericanas.

A propósito don Ramón Rosquellas en una estrofa de los versos que dedicó a Manuel María Caballero y que interpreta el espíritu americanista de éste, dijo:

Humanista por excelencia, Molina se prodigó en el Ensayo. No menos de ochenta folletos, sobre los más diversos temas, dan testimonio de su copiosidad de trabajo y del caudal de sus conocimientos. Por este medio hizo familiar su nombre en ateneos y academias del país y del extranjero. No fue ajeno al periodismo. Colaboró en revistas y diarios de Buenos Aires, La Paz, Sucre y Santa Cruz. Varias instituciones culturales lo contaron entre sus fundadores.

Molina es también un poeta de inspirado estro. Concedió preferencias al soneto clásico, la más difícil factura en la métrica de nuestro idioma. Ha escrito innumerables composiciones de esta clase, armonizando diestramente la ortodoxia de las reglas con la belleza de la forma. Su prosa es impecable. Maneja la sintaxis con soltura, limpieza y gallardía. Como abogado, hizo carrera brillante en la judicatura nacional. Baste decir que culminó en los cargos de Presidente de la Corte Superior de Santa Cruz y del Tribunal Supremo de Justicia. Su versación jurídica y su probidad inmaculada, son dos timbres de honor que lo colocan al lado de las más ilustres figuras de la magistratura del país.

Es copiosa la producción que Molina ha logrado publicar, pero apenas representa una parte de los numerosos trabajos inéditos que guarda en sus archivos. Allí hay estudios concienzudos sobre historia de Bolivia, cuestiones de límites, temas geopolíticos y otros de gran importancia para el interés nacional. La falta de medios económicos ha impedido que este rico acervo documental y bibliográfico vea la luz pública.

Casi vencidas sus fuerzas físicas, los facultades intelectuales de Molina todavía se mantienen lúcidas y activas. Sorprende que a sus noventa años siga leyendo con el afán ecucioso de sus mejores tiempos. Acota, subraya, comenta. Todo cuanto lee lleva la marca de su examen y su crítica. Por ello, pese al aislamiento del medio en que ha pasado la mayor parte de su vida, siempre estuvo en contacto con el pensamiento universal. Y ahora mismo, malgrado las fatigas de la edad, es como una antena sensible en la onda del suceso contemporáneo.

Molina es un arquetipo de varón. Sus cualidades de intelectual están reflejadas en su obra de historiador, de maestro, de literato, de jurista, de periodista. Como hombre y ciudadano, es la rectitud sin términos medios. Una columna moral verticalmente trazada sobre el plano de una vida luminosa y ejemplar. Sus virtudes son de las que forjan blasón en las familias tradicionales y dan timbres de honor a los progenies que se suceden. Tronco arraigado en su casta y en su tierra, lo tenemos ahí, sereno y firme, como el vigia que cuida a su pueblo y le señala el camino cuando el torbellino de las pasiones confunde a los espíritus.

En el retiro agológico de su apacible y sossegado vivir, cargado de trinos y effluvis vegetales, la naturaleza parece darle fuerzas renovadas cada día. Madreselvas y claveles ponen un sello españolísimo a la enrejada ventana que enlustra su laboriosa soledad. Quien lo ve pegado a sus infolios y cuartillos, imagina la presencia láica de un monje renacentista, entregado por entero a la pasión de escribir y meditar...

No falta en los pueblos de nuestro Oriente un solar acogedor donde el caminante desmenuza sus sandalias y abreva su cansancio en el cantarito fresco de la hospitalidad. Allí se le narran las historias del tiempo viejo, los avatares de una raza emprendedora y solidadora. Lo morado de Molina es uno de esos sitios. Quien visite Santa Cruz y quiera saber algo de su alma, de su pasado, de su tradición pura, de sus angustias y esperanzas, acerquese al alero de este anciano resplandeciente de sobriedad y beba de sus lobos, en castizo discurrir, la palabra que acoricia, enseña y aconseja.

Hace algunos años Molina fue proclamado Maestro de la Juventud Cruceña. Justo y merecidísimo el título, discernido por los estudiantes de su pueblo. Pero él, ciudadano ilustre de la patria, es acreedor a un homenaje que guarde relación con las bolivianas dimensiones de su personalidad. Disponemos, por ejemplo, de una máxima condecoración para honrar a los grandes servidores del país. Nada sería más cabal que otorgársela, a este olura de su vida, como legítimo galardón a sus merecimientos indiscutidos e indiscutibles.

INTELECTUALES DE HOY EN SANTA CRUZ DE LA SIERRA

Por CARLOS CASTAÑON BARRIENTOS

Santa Cruz de la Sierra es más bien Santa Cruz de los Llanos y, en la actualidad, Santa Cruz del Progreso.

Ubicada en la verduosa y cálida planicie del legendario Grigotá, Santa Cruz es el centro oriental más importante del país, hacia donde converge una extraordinaria actividad agrícola y ganadera, que junto con la explotación del petróleo del departamento, está siendo objeto de la codiciosa mirada de quienes planean la diversificación económica del país. Santa Cruz es la tierra del azúcar, del arroz, del algodón, del petróleo, y hasta del hierro del Mutin. Poco a poco, aquello que tradicionalmente se llamó "el porvenir de la Patria", está convirtiéndose en un presente que colma de satisfacción y de oportunidades de trabajo. El Brasil y la Argentina, países de reconocida capacidad para descubrir posibilidades económicas dentro y fuera de su territorio, han tendido ya hasta Santa Cruz las paralelas de acero que, en los ferrocarriles, transportan enormes deseos de aproximarse a los productos de la fértil llanura cruceña. El ininterrumpido servicio aéreo y sobre todo la carretera asfaltada Cochabamba-Santa Cruz, por otra parte, están llevando a la Capital oriental en lo que se ha llamado LA MARCHA HACIA EL ESTE un enorme y cada vez mayor contingente humano salido del altiplano.

su territorio y otros apuntes de gran valor, cual expresa la nota preliminar suscrita por el Rector Walter Suárez Landívar. La historiografía nacional ha recibido con esta obra un aporte de primera calidad.

La Peña de Escritores y Artistas se halla integrada por más de cuarenta personas. Fue para nosotros muy grato departir amablemente con varios de sus miembros, correspondiéndonos destacar la cordialidad de su Presidente, el gran poeta RAUL OTERO REICHE, de los Vicepresidentes PLACIDO MOLINA BARBERY y HERNANDO SANABRIA FERNANDEZ, del Secretario de Hacienda GUSTAVO DIESCHER, el Secretario General NATANIEL GARCIA CHAVEZ y el Director de la Revista de la Peña ORESTES HARNES ARDAYA. También destacamos la cordialidad de HERNAN ARDAYA PAZ, autor de un estudio sobre los límites entre los departamentos de Santa Cruz y Chuquisaca.

La Peña persigue como objetivo alentar el trabajo intelectual en Santa Cruz, fomentando la publicación de las mejores producciones y el intercambio de relaciones con los intelectuales del resto del país. El próximo número de la Revista, que está en prensa, contará con interesantes colaboraciones de Molina Barbary (Contribución al concepto de bolivianidad), García Chávez

ma al citado escritor. Igual aprecio les merece el crítico Juan Quirós, a quien los intelectuales cruceños han recibido siempre -expresan-, con gran cariño, pues aprecian sus trabajos de crítica literaria (consideran a Quirós el primer crítico literario boliviano de nuestros días) y su importante labor cultural a la cabeza de la Peña Literaria de PRESENCIA.

Ocupémonos brevemente de algunos intelectuales de Santa Cruz con quienes tratamos algo más de cerca.

RAUL OTERO REICHE -alto, delgado, cabello y bigote entrecanos, voz suave y hablar pausado-, es el poeta más querido y admirado del Oriente. Admirado por su obra llena de bellezas y de aciertos, y querido por su carácter sencillo y modesto hasta la humildad. De él en particular nos ocuparemos en otro artículo, pues tenemos la oportunidad de hacerle un reportaje en el que conversamos largamente sobre su vida y su obra.

HERNANDO SANABRIA FERNANDEZ, nombre que seguramente ha de figurar entre los grandes escritores cruceños por la seriedad de sus investigaciones y la pureza de su estilo, es persona afable y simpática. Se encontraba en Santa Cruz transitoriamente, pues por su calidad de Director Gene-



DIRECTORIO DE LA PEÑA DE ESCRITORES Y ARTISTAS DE SANTA CRUZ DE LA SIERRA

Sentados: Al centro, Raúl Otero Reiche, Presidente; a su izquierda, Plácido Molina Barbary, Primer Vice-Presidente, a su derecha, Hernando Sanabria Fernández, Segundo Vice-Presidente. Parados: de derecha a izquierda: Gustavo Diescher, Secretario de Hacienda; Nataníel García Chávez, Secretario General; Alejandro Parada Guzmán, Vocal; y Orestes Harnés Ardaya, director de la Revista.

no y los valles bolivianos. En el adelanto de Santa Cruz están poniendo su aporte todos los rincones del país, sin excepción.

En suma, en Santa Cruz asienta hoy sus reales la palabra PROGRESO. Mañana -esto es dentro de cinco o diez años, cuando más-, la extensa región será una indiscutible vanguardia de la agricultura nacional y el lugar en que se extraiga tanta o más riqueza que en las minas del Altiplano. Entonces Bolivia empezará a conocer de veras mejores días en su vida económica.

Pues bien, en medio de los cañeros, arroceros, petroleros, banqueros, transportistas y otros "pioneros" de la nueva Santa Cruz, puede advertirse la presencia de un círculo núcleo de intelectuales que dedican sus mejores esfuerzos al cultivo de las ciencias, las artes y las letras.

Casi todos ellos trabajan a la sombra de la Universidad "Gabriel René Moreno" y de la Peña de Escritores y Artistas, fundada el año 1962.

La Universidad ha publicado en los últimos años varias obras de subido interés, de las cuales citamos dos singularmente valiosas, impresas en Buenos Aires. La primera es "Nicomedeas Anleto", de Gabriel René Moreno, concebida la obra más notable del polígrafo cruceño. La edición lleva un prólogo de RAUL OTERO REICHE, titular de la cátedra Moreno de la Universidad, varias y sesudas notas de HERNANDO SANABRIA FERNANDEZ y unas páginas epilógicas de LEONOR RIBERA ARTEAGA, tres nombres que figuran en la cima de la intelectualidad cruceña del presente. El trabajo de estos últimos está escrito con gran acopio de documentos, en un castellano limpio y elegante y con verdadero fervor por la obra y la figura de René Moreno.

El otro libro que queremos mencionar aquí titula "Crónicas cruceñas del Alto Perú virreinal". Fue editado por la Universidad en conmemoración del cuarto centenario de la fundación de Santa Cruz. Contiene desconocidas y atrayentes crónicas, todas correspondientes a la primera mitad del siglo XVII, de Diego Felipe de Alcayala, Lorenzo Caballero, Alonso Soletto Perna y Pedro de Arteaga, eruditos oriundos de Santa Cruz. Contiene además estudios sobre dichos cronistas, firmados por HERNANDO SANABRIA FERNANDEZ, GERMAN COIMBRA SANZ, MARCELO TERCEROS BANZER y LEONOR RIBERA ARTEAGA. En el libro encontramos referencias sobre los orígenes de la ciudad, su vida durante la Colonia, sus hijos más destacados, las hazañas de éstos, observaciones sobre

(Semblanza de Antonio Vaca Díez), Sanabria Fernández, Otero Reiche, Diescher, Harnés Ardaya, Oscar Gómez, Satorri Román y Antonio Landívar Serrate (poesía), Daniel Pérez Velasco (Estudio sobre el cholo) y otros artículos de Guillermo Céspedes Rivera -que fuera director de "La Razón", Félix Pinto Saucedo, Hernán Ardaya Paz, Luis Leigue Castedo y Roger Becerra.

La Peña ha editado ya un "Cuaderno" con sonetos de Otero Reiche, "Inspirados en motivos vernaculares y emocionales, donde predomina la magia descriptiva". Se halla en edición "Fuerte de emociones", cuyo autor es Antonio Landívar Serrate.

Entre los sucesos importantes de la Peña nos señalamos la recepción hecha a la diva Claudia Parada durante su visita a Santa Cruz; el acto cultural preparado con motivo de la elección de la Señoría Santa Cruz 1962, y los Juegos Florales de 1963, en los que Julio de la Vega, Pedro Simoes y Germán Coimbra Sanz obtuvieron, respectivamente, el 1o, 2o, y 3er. premios. Fue Mantenedor de estos Juegos el escritor paceño Porfirio Díaz Machicao, que pronunció un discurso calificado de inolvidable por los componentes de la Peña, que tienen en muy alta esti-

ral de Educación tiene que radicar en La Paz. Sanabria Fernández, culto como pocos, se muestra hábil e ingenioso en la conversación corriente. Su gran memoria le hace recordar y relatar con palabra amena hechos y figuras de ayer. Así, volviendo la memoria nada menos que al año 1922, Sanabria recordó cómo el drama que escribiera entonces el religioso Daniel Rivero (que fue Obispo de Santa Cruz y Arzobispo de Sucre), titulado "Catalina de Aragón y Enrique VIII", por circunstancias meramente casuales, resultantes de que se había excluido del reparto a dos artistas consagrados de Santa Cruz, constituyó en su estreno toda una anticipación del diálogo entre público y actores característicos de la obra "Sels personajes en busca de autor", de Luigi Pirandello. La situación creada por los actores excluidos del reparto, que, resentidos, asistieron al estreno sólo para interpretar a los personajes de la obra de Rivero, acabó por crear una curiosa confusión. Al final, apuntó Sanabria Fernández, nadie lloró en el terrible drama de Daniel Rivero.

Sanabria se ocupó también de los notables tronistas de Santa Cruz, entre los que citó los nombres de Miguel Mansilla, Raúl Anleto y Pedro José

(Pasa a la Pág. 4)



Con el retrato de Gabriel René Moreno en el fondo, de izquierda a derecha: Hernán Ardaya Paz, Hernando Sanabria Fernández, el autor del presente artículo, Raúl Otero Reiche y Orestes Harnés Ardaya (salón de actos de la Universidad de Santa Cruz). Foto Nirka.

CASA, COMIDA Y ROPA EN EL SIGLO DE ORO

Por
**BERNARDO BLANCO
GONZALEZ**

Se trata de la casa, comida y ropade la clase media; los ricos nunca han tenido problemas. En lo que he visto de Edad Media, no he hallado quejas de la vivienda. Castilla y Aragón han tenido las casas y habitaciones necesarias. Las Cortes, que reflejan en sus leyes todas las inquietudes y reclamos de ambos reinos, nunca trataron sobre el tema de los inquilinos, salvo en el caso de judíos que vivían fuera del pueblo. Cuando esto ocurre (en el siglo XIV), las quejas vienen de parte de los propietarios a quienes los rabinos figuran el alquiler del modo como lo hacían en sus propios barrios, o por desajuste de renta, por quedar esas casas marcadas, como sucede hoy en los Estados Unidos con inquilinos negros. Después de la expulsión estos aspectos desaparecen. Tampoco he hallado problema de vivienda en los siglos XVI y XVII, con la excepción de ciertas ciudades, como Madrid y Sevilla, por motivos obvios. Madrid, la nueva corte, Sevilla, ya metrópoli en la Edad Media, por el crecimiento resultante de las nuevas rutas comerciales.

La verdad es que la propiedad urbana parece haber aído de poco precio. La peste negra de mediados del siglo XIV, aunque no tuvo los caracteres graves que alcanzó en otros países, produjo en Castilla una merma del 80% en el valor de los inmuebles, tanto urbanos como rurales:

"Que las hereditades que valían a esa sazón (1348) que el ordenamiento fue fecho quince mill mrs., que non valen agora seys mill mrs." (CORTES, lto., 9, pet. 11, Valladolid 1351).

En esos años, un caballo normal, no a los muy buenos, valía 600 mrs. El caballo es uno de los índices comparativos útiles a lo largo de toda la Edad Media castellana; es un lujo, pero no excesivo.

Manteniéndose la población estable hasta siglos XV y XVI, y en fuerte des-

Para carne	4
Para vino	4
Para locio	1
Para aceite	1
Para vinagre	1/2
Para verdura	1/2
Para fruta verde y seca	1
Para pan, a razón de libra y media cada día	4
Para calzones, ropilla, ferretero, polainas, en un año cinco mrs.	5
Para tres pares de medias en un año, un mr. cada día	1

siendo en tiempos pasados las monedas de doblón, ducado, real y maravedí del mismo valor (legal) que hoy, se ve que entonces se compraba con un maravedí lo que ahora cuesta casi un real... (B. A.E., Madrid 1870, LXII, 143, "Don Vicente de Cangas Inclán... Al Señor Rey don Felipe V").

Esta cita nos proporciona dos datos: el costo mínimo de vida de una persona en 1623, y el índice de inflación en el siglo (1715). El real vale treinta y cuatro maravedíes. Por lo tanto, quien debía poner diariamente dos mrs. para carbón y leña, en 1623, habría debido poner para lo mismo, en 1715, sesenta y ocho mrs. En otros términos, los veinte y nueve mrs. y medio del diario mínimo de vida de la clase media y pobre de 1623, tenían que ser mil tres mrs. en 1715. Y esto, por persona.

¿Cuál es la renta media de una persona o de una familia acomodada en la primera mitad del siglo XVII? Cuando López de Vega, en sus comedias de costumbres, por ej. en LA VIUDA VALENTIANA, quiere dar idea de alguien en esa situación, nos habla de unos dos mil dcs. anuales, o sea, unos cien mensuales y seis dcs. mensuales (\$2,200 mrs. mensuales o 2,075 mrs. mensuales). Los corregidores de Córdoba y Granada tenían mil dcs. anuales de sueldo; el de Sevilla, mil ochocientos sesenta y siete, y el de Toledo, mil doscientos veinte y dos. Los de distritos menos ricos (Burgos, León, Madrid, Salamanca, etc.) cobraban un promedio de quinientos dcs. Pero estos salarios eran solamente la tercera parte de sus ingresos, pues por "aranceles", "ayudas", "costas", "penas de cámara", y otros conceptos, estos funcionarios venían a completar los otros dos tercios, amén de otros beneficios marginales como regalos de carne, verduras, primicias, etc., en los mercados. (Castillo de Bobadilla, Jerónimo, POLÍTICA PARA CORREGIDORES, Madrid 1775, la obra se escribe hacia 1594). El corregidor es un alto funcionario cuyo nivel puede estimarse, económicamente, como de muy acomodada clase media, socialmente, como inmediatamente inferior a los jueces de Audiencia. Los corregidores de los distritos más ricos (Córdoba, Granada, Sevilla y Toledo) tenían, pues, unos ingresos entre tres mil y seis mil dcs. anuales; los de los distritos modestos o medianos, entre los mil quinientos

(Conclusión)

RENE MORENO Y ARGUEDAS

Dice Adolfo Costa Du Rels que, con una amargura mal disimulada, Gabriel René Moreno había expresado de sí mismo lo siguiente: "Autor solitario de escritos sin lectores en Bolivia mismo, desconocido hasta en la ciudad donde se publican". Ese fue el sino doloroso del cambio genial, manejado por el Destino para conocer la urdimbre de un organismo nacional en su mejor visión y entendimiento. "El autor solitario", llamale Costa y con gran razón destaca su honda tragedia. Empero, su sombra se acrecienta cada día más y más sobre la vida cultural de la América y de Bolivia. No puede hacerse Historia sin la consulta de Moreno, no puede afirmarse la noción cultural sin el atisbo que él hubo realizado, como un sacerdote aislado, como un ermitaño sujeto a un solo rito: la información de su personalidad en contacto con el libro, empujado por el deleite de satisfacer la curiosidad mental sobre éste u otro episodio, éste u otro tema. Monte en acción, mirada escrutadora, fanatismo religioso por la verdad, eso fue Gabriel René Moreno. Y de todas sus vigías brota una especie de soberanía del espíritu. Es que había laborado con los materiales de su Historia, había buscado el Destino en medio de las sombras, como esos viejos sacerdotes de los oráculos que, a la postre, se hacían víctimas de la ira de Dios. Cuéntanos también Enrique Finot que Moreno "era hombre retraído y taciturno, se dice que bajo graves contrariedades de familia". Lo cierto es que, como corolario de su afán de estudios, como consecuencia de sus dolores morales y ante el amargo suplicio político de su Patria, marchó a playa extranjera y levantó los ladrillos de su ermita. A su espadaña llegó, por extraño infortunio, no la alondra mañanera, sino el buho portador de la calumnia que, después de lanzarla en el rostro, la mantiene con el fuego espectral de sus filias pupilas. Como quien acusa: "traidor, traidor, traidor".

Valganlos Dios si en un día de la vida, zapateros o escritores, alguien viene a perturbar nuestra calma con semejante demanda:

Leed las páginas de "Daza y las huasas chilenas de 1879" y os daréis cuenta cabal de lo que anoto. A mí, particularmente, no me interesa el debate histórico de esos hechos, sino su aporte en el drama humano. Con una calumnia o con otra se hiera la paz del espíritu y se sofoga una existencia; ese es el infortunio. A mí me basta saber que el sosiego de Moreno estaba perdido y que, en lugar de abismarse en la planifera o en el alcohol, como suele acontecer con otros, él se sometió a los cilicios austeros de la disciplina mental. De su dolor surgió la grandeza de su obra.

La posteridad ha reparado los daños que se causó a Moreno en vida. Su obra, elevándose sobre su propia existencia, tiene una grandeza innegable y es de una necesidad perentoria para la estructura de nuestra esencia cultural. Ya no se puede negar más ni calumniar más a Gabriel René Moreno, porque todas las evidencias que nos ha dejado están por sobre la miseria que empujó el cielo de sus días de hombre. Nos ha dejado la gloria misma, el secreto de nuestra razón de ser, el testimonio de nuestra procedencia nacional.

Pero, no olvidéis que vivió la amargura. No olvidéis que junto al suspiro nostálgico del desterrado, hubo de enjugar la lágrima del calumniado y del incomprendido. Autor solitario de escritos sin lectores... ¿No estáis midiendo esa soledad, no estáis penetrando en su mala fortuna? ¡Ah, claro; hoy es grande, hoy es famoso, es inmortal! Pero recordad que entonces no tenía grandeza, ni fama y era mortal como todos nosotros... Y que solamente, detrás de la calumnia, tenía los ojos inquisidores del buho de la espadaña.

En Alcides Arguedas, en cambio, no hubo contrariedad de familia ni calumnia. A la calumnia que humilló a Moreno, se suple en Arguedas, con el ultraje de Germán Busch, el Dictador. Se crea también una fuente de dolor, la raíz de un drama interior que solamente muy pocos hombres supieron leer en las suaves pupilas del autor de "Raza de Bronce". Cuando yo le vi en Buenos Aires, con la cabeza blanca, me pregunté: ¿Y es a éste a quien al cual el atático Dictador, el joven gobernante Busch, ha dado de golpes en la Casa Quemada?

Pasando a otro tema, en Arguedas, contrariamente a lo que pasó en Moreno, no hubo un autor sin lectores. En ello, don Alcides tuvo mucha suerte. Sus libros inquietaron el ambiente, le despertaron, se buscaron y se leyeron con avidez. "Pueblo Enfermo" y "Raza de Bronce" han sido reeditados varias veces. Sus tomos de historia no se encuentran en las librerías y habrá que hacer nuevas ediciones. Quiero decir que, en vida, tuvo el pequeño goce de releer y revisar sus originales para las nuevas ediciones. Le ayudó Patiño, salió varias veces como Embajador, actuó en torneos y conferencias de carácter internacional, es decir: pasó su persona, su nombre y su fama.

Pero tampoco dejó de ser humano, tampoco dejó de recibir la visita amarga de la desilusión. Cierta vez juró que no volvería a salir de su fundo de Río Abajo. No pudo cumplir su promesa porque su obra y su tarea le reclamaban entre los mortales, en medio de la lucha sin tregua de la vida... Y tornó a actuar en la escena.

Pero Arguedas tuvo que sufrir, sin embargo, otros males de la mortal mordedura, la indiferencia morena o la ignorancia cobriza que no sabe jamás interpretar ni valorar la obra de los hombres. La quietud del bronce, terrible, que él había tomado como símbolo.

Pero, ambos; Moreno y Arguedas, pasan y por sobre su Calvario, se dan una inmensa cita con la gloria. No hay grandeza que no esté malizada por el sufrimiento; epilepsia se llamaba en Dostolevsky, alcohol en Verlaine, neurastenia en Villamil de Rada, la calumnia en Moreno y la bofetada en Arguedas. En muchos, el olvido. En otros la sifilis. En los más, la miseria. A

ALCIDES ARGUEDAS

Por PORFIRIO DIAZ MACHICAO

Dios gracias, un halo inmenso de martirio y de gloria queda en todo eso y los hombres superviven con la obra realizada amargamente un día.

Todo eso, en la zona del drama mismo. En la Historia, queda en pie una labor que no tiene alcances. Arguedas y Moreno dejan a la posteridad los dos basamentos firmes de la nacionalidad; el análisis de su vida, compulsada, criticada. No habrá ojos que se echen para no ver en ellos el recurso que se requiere para el conocimiento de Bolivia.

VI -

EN POS DEL HOMBRE IDEAL

Un sueño melancólico de nuestras dolencias cívicas, una obsesión indecible nuestra, es la de buscar, como Arguedas, el hombre ideal que conduzca al gran reban por las sendas políticas.

Arguedas admiró a pocos. Gustó de saborear con ahínco gloton si se me permite la vida de Simón Bolívar. Bellas páginas le tiene dedicadas a su obra de guerrero y gobernante. Siguió idealmente a Sucre hasta verle caer en Berruecos, después de haber sufrido

la mordedura de los áspides altopueranos que hieren, por lo general, de muerte. Pero, en cuanto quiso seguir el rol que señaló el Destino a los hombres, se detuvo en todos y cada uno de ellos para señalar sus cualidades y mostrar, sin eufemismos, sus defectos. Esa averiguación incesante del error le hizo saber, en forma desairable, que jamás la Historia podría ser un poema lírico, sino una epopeya o una acusación. Entre el acierto y el error caminan todos sus personajes como caminamos todos en la vida. Solamente el Destino es capaz de acercarnos permanentemente al bien, al cierto, a la equidad y solamente el Destino desigual y caprichoso nos aleja de la excelsa virtud para sumirnos en el abismo. Arguedas deja jugar su criterio en ese valén terrible. Apunta las modalidades de la época, los salarios, el confort, la palabra de los periódicos y las gacetas, los intereses, la amistad, todo aquello que se acucila racionalmente para el fallo del juzgador. Es duro para calificar a Pedro Blanco, dejándonos la impresión de que con su actitud ha comenzado la cadena de las felonías políticas. Arguedas dice que Sucre tuvo amargas

quejas del mencionado general. Los detalles que nos proporciona acerca del Mariscal Andrés de Santa Cruz, igualmente, son admirables en erudición, contenido y descontento. Alejándose de la exégesis que había hecho Santiváñez del Gr. don José de Ballivián, él nos da el aguafuerte de su carácter y de sus victorias, sin dejar de señalar sus yerros. En las páginas de Arguedas he encontrado, sin mucho trabajo, ese dolor extraño, principesco y decadente, de don Adolfo Ballivián, una especie de Hamlet, conculado a un taciturno deambular por las sendas interiores. Y así sucesivamente... Arguedas ha quedado, en un instante avanzado de sus averiguaciones, envuelto por la ciclópica tormenta de la vida boliviana. ¿Cómo orientar la proa entonces? ¿Hacia qué rumbo enfilar la nave? ¿En dónde hallar el hombre ideal, si todos muestran su falta en el pasado y el presente?

Es en este punto neurálgico de su tarea que la angustia arguediana se hace conmovedora. Desea, sueña, anhela, la aparición del encarnado. Busca una norma, fija una exigencia, impone la necesidad de aprestarse a un adelantamiento. Pero, ¡ay!, el pobre Arguedas se ha ido de nuestro mundo con una bofetada en la santa faz del benedictino paciente y estudioso. Todos sus ideales parecen caer a los pies, en un deshojamiento de desventuras. ¿Cómo ha de pensarse en el hombre ideal, si el prototipo de una generación, el héroe de una guerra perdida, el eponimo y legendario soldado que pertenece a una juventud impaciente le recibe a puntapiés, cuando apenas se inicia un cambio de verdades? Gravísima desilusión, horrible detalle. He ahí, amigos, el más amargo tropiezo en el camino de la búsqueda. El piensa y medita, en el silencio de sus noches

(Pasa a la Pág. 4)

HORA DE LA SIESTA EN LA ASAMBLEA

a Hme. HALIMA WARZAZI

(VIÑETAS DE ANTONIO MARIACA)

el uno boquiabierto y el otro despidiendo miradas incendiarias de puritismo en falta, que se cruzan con otras no menos temerarias.

Halima se desliza vaporosa en el amplio salón de la Asamblea ondina o Sulamita que sabe realzar el candor de su pálida rostra de amapola y la gracia de su materia leve, inmaterial y flexible como un trino o como un crisantemo que se agita temeroso frente a la caravana que cruzará el desierto al rayar el alba bajo el sol indolente del otoño.

Todo despierto a su paso, todo vibra y cada paso suyo semeja, ondina o Sulamita, un haz de aerolitos darramado sobre los sorprendidos delegados.

Cuando desciende de la mesa de la Tercera Comisión con sus medidos pasos de criatura leve -alada por Alá y por la grácil armonía de su gracia- avanza en el salón y de improviso el tedio se disipa.

Un largo e invisible dromedario la recoge y la lleva por el mundo como ondulante nube azul turquesa, topacio o carmesí.

Declina el sol afuera, Halima, Sulamita. Se agitan las brumas del ocaso y se llena el ambiente de exóticos aromas de alhucemas, de sándalos y rosas.

Debajo de tus pies Halima pisa el Profeta al cielo pero yo, en mi profano desatino de pobre infiel, desheredado peregrino te ofrezco como un voto de admiración y acatamiento el periplo distante de mi esperanza y mi pobreza.

Tengo tu horóscopo en mi mano, sultana o Sulamita, cuando me asomo a tu recuerdo, cerrando mis ojos y estirando las manos que te dibujar en Rabat donde tu reinas, cabalgando invisibles dromedarios, envuelta en tus shilabas y caftanes de apurpadas sedos

Nueva York, diciembre de 1965.

MOISES FUENTES IBAÑEZ



La tarde avanza lentamente hacia la oscura cabalgando sobre el dorado pelo del ocaso. Flota en el aire un trasfondo coral de ingenios que bostezan atargados por el cálido ambiente de un trópico ficticio

que en pleno Nuevo York y en pleno invierno, rememora los rumberas frondas africanas, los oasis del Sahara o la siesta fauneca debussyana

Dede un rincón de la Asamblea se oye la voz de mademoiselle Souad Tabbara, cálida y nocturna como un arpeggio de flautas y de lloboes, diciéndo en su perfecto francés del Musa Dagb armenio "Monsieur le President"...

al comenzar su intervención diaria en nombre del gobierno libanés.

Mientras esto sucede, Halima, la delegada marroquí discurre vagarosa y felina con su gracio mora envuelta en su shilaba de color turquesa o en su caftán dropeado de oro viejo, violeta o carmesí.

Pero cuando Halima avanza con su paso glisado de tersura leve flotando en la corola de una nube de pausado vuelo, no se sabe si es un frágil rosa o si es un copo sutil que apenas posa sobre el suelo.

Y así avanza y avanza, como el reflejo de una media luna sobre el aduar callado, hasta que llega a ocupar la extrema diestra de la mesa como si fuera la diestra de Dios padre, allí en el cielo.

Mientras que ella está ausente, la Asamblea es apenas una larga salmodia lenta y sostenida que llena la amplia sala de sapor y tristeza, pero cuando ella llega y pasa sonriendo, todo se ilumina, hasta el rostro caurro del profesor Rodríguez Fabregat, que despida luego por sus ojos rojos e interrumpe sus últimos conceptos volterrianos contemplando a Halima con su mirar caprino de fauno insinuante y voluptuoso.

Halima pasa indiferente a los requiebros de moros, budistas y cristianos. Rodríguez y Barrudi la siguen contemplando,



Anímate y el bosque adquiere un color más.
Cesa la música.
Por un ángulo entran a escena los leñadores seguidos de El Viejo y de Gratly. Algunos de los mozos llevan al hombro hachones y pioles, otras, escopetas y antorchas apagadas.

LEÑADOR UNO.
Por aquí, por aquí. Está más descampado. ¡Cuidado!... Hay una raíz trenzada.

LEÑADOR DOS.
Ya amanece...
LEÑADOR TRES.
Sí, y hay que tener cuidado para no perder una sola pieza.

LEÑADOR CUATRO.
Ayer conté hasta diez cervantillos. Erán tan hermosos, como suelen ser los protegidos de los gnomos.

LEÑADOR UNO.
¡Bah!

LEÑADOR TRES.
No lo crees, Pedro? Te digo que eran tan hermosos que no los viste nunca.

LEÑADOR UNO.
No digo que no lo sean, pero resulta un poco... anticuado hablar de gnomos.

EL VIEJO.
Muchos los han visto y yo los he cantado más de una vez.

GRATLY.
En la enseñanza, verdad?

LEÑADOR UNO.
¡Vaya! Cuéntame...

LEÑADOR DOS.
Alguno debió estar algún momento por aquí, pues dejó lumbré a medio apagar.

LEÑADOR TRES.
Acaso algún leñador...

EL VIEJO.
Quiéren decirme por dónde van las huellas?

LEÑADOR CUATRO.
Serán acaso de los gnomos?

LEÑADOR UNO.
Yo no veo nada.

LEÑADOR CUATRO.
Ni yo.

LEÑADOR DOS.
Ni yo tampoco.

LEÑADOR CUATRO.
Es curioso, sin embargo... Parece que nadie estuvo por este lugar y hay lumbré.

LEÑADOR TRES.
La hierba está intacta.

LEÑADOR DOS.
Y no hay una sola rama rota.

GRATLY.
Habrá sido los gnomos?

EL VIEJO.
Quién sabe...

LEÑADOR TRES.
Me resisto a creerlo.

LEÑADOR UNO.
Sea como fuera, a mí me tiene sin cuidado.

LEÑADOR TRES.
Pudo haber un incendio de grandes proporciones. ¡Pablo, echa agua sobre la ceniza!

LEÑADOR TRES.
Es extraño (Cogiendo una brasa) ¡Eh...! Pero si no quemamos... (Todos lo rodean).

LEÑADOR DOS.
¡Oh...! En efecto.

EL VIEJO.
Los gnomos.

GRATLY.
Los gnomos...?

LEÑADOR UNO.
Es asombroso.

EL VIEJO.
Debemos regresar. Son muy celosos de sus dominios.

GRATLY.
Y viven aquí, abuelo?

EL VIEJO.
Sobre los árboles más grandes o junto a los ríos, Gratly.

LEÑADOR CUATRO.
Entonces, nos deben estar observando.

LEÑADOR DOS.
¡Chin!

EL VIEJO.
Por qué?

LEÑADOR DOS.
Oigo pasos.

EL VIEJO.
¡Silencio!

LEÑADOR UNO. (Cargando su escopeta)

Debo ser un ciego.

GRATLY.

Nu. Son los gnomos. Están junto al rosal.

LEÑADOR TRES.

Dónde están, no los veo.

LEÑADOR CUATRO.

Tampoco yo los veo.

LEÑADOR TRES.

Cerca del rosal no hay más que matas.

GRATLY.

Les digo que los gnomos están parados ahí. Los ves, abuelo querido?

EL VIEJO.

No...

LEÑADOR UNO.

Tú deliras, niño.

GRATLY.

Por lo, están ahí.

EL VIEJO.

Puede ser. Aconsejo que no se acerquen un solo paso. Los gnomos sólo son visibles a los ojos de los niños.

GRATLY.

Yo los veo, abuelito.

LEÑADOR UNO.

Qué hacen?

GRATLY.

Se rien de nosotros. ¡Esperen...! Ahora se acercan a los leños. (En efecto, los gnomos se aproximan hasta los leños, rocean las brazas en una bolsa y salen pausadamente).

¡Ya se fueron! Y se llevaron todas.

¡Miren! No hay una sola brasa.

LEÑADOR DOS.

Cierto...

EL VIEJO.

No les decía yo?

LEÑADOR UNO. (Buscando en la ceniza)

No han dejado ni una paja muestra.

LEÑADOR CUATRO. (A Gratly)

Y dices que se fueron? Pero no hay huellas...

GRATLY.

Por la umbría. Erán tan pequeños, y se refan con tanta gracia...

LEÑADOR UNO.

¡Vamos...!

EL VIEJO.

Volvamos. Esto es lo más prudente.

TODOS LOS LEÑADORES.

Vamos, vamos.

(Salen).

(Después de un breve intervalo, vuelve Gratly muy cansado).

GRATLY.

No me interesa el susto de los leñadores cuando se den cuenta de mi ausencia. Sé que el abuelo me perdonará.

Y al fin qué mal hago? Vengo a buscar a los gnomos. Son tan hermosos...

Están por aquí? Aquello dice que son muy amables con los niños y que sólo nosotros podemos hablar con ellos. Qué les diré cuando los vea? Les pediré un mantón para mamá y botines para mí. También les pediré ropa para los hijos de Pablo el pastor.

(Pensando). Luego... ¡Ah! Ya sé, una bufanda para el pobre Magín, y para el abuelo... un bastón. Pero, donde se habrán metido esos diablillos? Estarán en el rosal? acaso en las ramas del rosal? Se habrán ido tal vez.

¡Eh! Dónde están los gnomos que yo vi hace un momento? Me quieren dar una sorpresa y se están ocultando en alguna parte (Llorando) No quieren verme. Eso es todo... (Llamando a voces).

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

¡Gnomos! ¡Gnomitosos! ¡Aquí estoy

LA CANICA PERDIDA

Por LUIS FUENTES RODRIGUEZ

Soy Gratly! No me oyes. ¡Se han ido! No volveré a verlos nunca. Adios bolines, adios mantón para mamá. Y todo porque se fueron los gnomos. Sólo el abuelo sabe cuánto me habrán gustado verlos otra vez. ¡Se han ido! ¡Se han ido, abuelito querido...!

T E L O N

ACTO SEGUNDO.

Interior de una habitación dividida por un tabique. Al margen izquierdo, sala pequeña modestamente amueblada. El Padre, La Madre y El Pedagogo conversan alrededor de una mesa central, sobre la que están colocados «en desorden» varios libros. Al foro, hogar con lumbré. Al margen derecho, corredor con puerta practicable y balaustrada; al centro del tabique, otra puerta. Puerta al foro. Frente al tabique, escalera de caracol iluminada intensamente. Al pie de la grada, Gisela, Dorón y Gratly juegan a las canicas. Se supone que, por la distribución especial de la escena, una de las zonas en las que está dividida la habitación, tendrá, a momentos, mayor preeminencia que la otra.

PEDAGOGO.

De modo que Gratly está seguro que existen gnomos en el bosque. Lo raro sería que no lo crea. La influencia social actúa de una manera tan determinante sobre las personas y, especialmente, sobre los niños —cuya personalidad no está bien definida— que poco pueden hacer los maestros para restarle importancia, sobre todo, cuando ésta es negativa.

LA MADRE.
Hay un anciano leñador que vive cerca de casa.

PEDAGOGO.

Y...

LA MADRE.

Pues... verá Ud., éste tiene tanta habilidad para vivir y para narrar fantasías que mi pobre Gratly se pasa las horas escuchándolo.

EL PADRE.

¡Oh...! Sí, y con él, todos los niños del barrio: por eso es que ninguno cumple con sus obligaciones. Más de una vez estuve a punto de decir al viejo de marras que no está bien perjudicar a los demás. ¡Vaya Ud. a saber, señor pedagogo, dónde está el pensamiento de mi hijo! Pues... donde los gnomos.

LA MADRE.

O, donde el abuelo: porque Gratly no tiene otro abuelo que ese leñador. Si lo viera Ud...

PEDAGOGO.

(Riendo).

Tiene gracia.

EL PADRE.

Y tiene tanta gracia que no me queda más remedio que reír. Le parece a Ud. correcto?

PEDAGOGO.

En tanto que el juego de los cuantos no deje de ser una sana distracción, creo que no; pero si va más allá, entonces... hay que evitar que se derroche todo ese mundo de fantasía que bien puede ser aprovechado en algo mejor.

EL PADRE.

No sé qué decir; pero me parece que Gratly no tiene otro interés que los cuentos de Perrault.

PEDAGOGO.

¡Mal! ¡Mal!...

EL PADRE.

Eso mismo digo yo, pero son inútiles todos los intentos de retenerlo en casa. Son tantos los recursos que tiene para convencernos, que el más infantil de todos le parecerá a Ud. un argumento incontestable. Vea Ud. lo que podemos hacer.

PEDAGOGO.

Primero: Evitar toda relación de amistad con el viejo, segundo: Quemar todos los cuentos escritos por Perrault de los que me habla Gratly con muchísimo entusiasmo y terrores; Buscar otros medios de distracción, tales como algunos juegos, por ejemplo. Y si esto fuera poco... pues, baños turcos. Es lo más aconsejable por el momento.

LA MADRE.

Está Ud. seguro?

PEDAGOGO.

Segurísimo...

LA MADRE.

Ni una palabra más. Se hará todo lo que dice.

EL PADRE.

Ves, mujer, y tú empeñada en comprar más libros.

LA MADRE.

Es que yo creía...

PEDAGOGO.

Ese es precisamente, el mayor error de los padres: creer, y creer en algo que no tiene ninguna importancia. Qué valor le atribuyen a las narraciones de gnomos y de hadas en una época en que se impone el materialismo práctico? Ninguno, verdad? Y tanto más si ellas atentan contra la "serenidad del alma de los niños". Basta ya de ogros comiéndose a los hijos del guardabosque! ¡Hay que acabar con las brujas y sus mochechos volando sobre sus escobas. (Cogiendo algunos libros). ¡Ah! fuego! Gratly nos agradecerá algún día. Y por hoy, me parece bastante. Mañana a continuar con el plan...

EL PADRE.

Yo me encargo de todo lo demás.

PEDAGOGO.

Debo irme.

LA MADRE.

Lo acompaño hasta la puerta.

PEDAGOGO.

Gracias, es Ud. muy amable. (Atraviesa la puerta)

Hasta pronto, Gratly.

GRATLY.

Hasta pronto, señor Pedagogo.

PEDAGOGO.

Buena noche.

EL PADRE.
Ya sabe Ud., esta es su casa.
PEDAGOGO.
Gracias.
(Los padres se retiran por la escalera de caracol).

GRATLY.
Perdiste, Gisela.

DORON.
Comencemos de nuevo.

GISEL.
No. Estoy muy cansada.

GRATLY.
¡Espera! El juego no terminó aún. No sabemos quién ha de llevarse las canicas.

DORON.
Pues... yo. Tengo más puntos a mi favor.

GRATLY.
Ahí va uno más...

DORON.
Y otro para mí. Con esta son diecisiete.

GRATLY.
Cuántos son los míos?

DORON.
Déjame ver: seis que perdí Gisela, cuatro que me ganaste. Total diez; el ganador soy yo.

GISEL.
Es que tienes una canica grande.

GRATLY.
Juguemo otra vez.

GISEL.
"Pero que Dorón me preste la canica roja, sino no juego".

DORON.
Esa es la ganadora. No te la doy.

GISEL.
Entonces no juego.

GRATLY.
Te gustaría esta otra que tiene humo por dentro?

GISEL.
Y... buena.

GRATLY.
Es tuya, Gisela.

GISEL.
Gracias. Yo empleo.

(Se oye una voz).

UNA VOZ.
¡Gisel!... ¡Dorón!... Ya llegó papá...

GISEL.
Vamos ya.

DORON.
Volveremos mañana.

GISEL.
Papá no quiere que juguemos hasta muy tarde, sabes? Nos cuenta todas las noches historias de la guerra.

DORON.
Es un héroe. Le dieron una medalla. Sabes por qué? Porque apresó a quince soldados enemigos. Tiene una herida...

GISEL.
Y cuando hace frío le duele.

DORON.
Tu papá fue a la guerra?

GRATLY.
No.

DORON.
Y por qué?

GRATLY.
Porque mamá estaba enferma.

EL PADRE.

Lo único que puede ocurrirme ahora es que no aparezcan mis periódicos. ¡Ah muchacho...!

(Cuando éste entra en la habitación, los gnomos lo miran impasibles. El padre no se entera de la presencia de luri y Mercin).

MERCIN.
Empiezo a impacientarme.

EL PADRE.

Y éste no tiene intención de retirarse.

MERCIN.
Puedo hablar fuerte?

EL PADRE.

Nadie os lo impide. No olvidéis que sólo los niños pueden oírnos.

MERCIN.
(Gritando).

¡Eh...! Old, señor de la casa. El periódico que buscáis está debajo de vuestra almohada.

EL PADRE.

Perdéis el tiempo, hermano, no podré oírlos nunca...

MERCIN.
Entonces, bien vale la pena decirle que es un gandul, sí señor, un gandul.

EL PADRE.

¡Esto más...! Gratly. (Se incorpora,

sin descanso, que Bolivia está vacía del elegido. Rememora, se afina ca- ca vez en su serena pasión por el Presidente Montes. ¡Ese fue un varón, en su época y después de ella! Hubo otro: Saavedra, a quien había que perdonarle su violencia, producto e so- ledad, de rencor.

Hablando de estos temas en los cuales la revisión de hechos, mostraba que los últimos santificaban a los predecesores, pregunté a don Alcides Arguedas su opinión sobre Daniel Salamanca, ese luminoso enfermo que fue recto orador y gobernante fracasado. Don Alcides, puntualizando sus palabras, subrayándolas con la intención, me dijo:

«¡Ah, querido amigo, Salamanca ha sido más sombrío que todos los tiranos! Su guerra, su malhadada guerra, nos ha conducido a todo lo que hoy tenemos que soportar.

Al punto. Gualberto Villarroel, en ese día, precisamente, ordenaba el cierre de la frontera patria para el retorno del historiador enfermo. Estábamos en Buenos Aires.

Los males no duran de por vida y los pueblos, en la ansiedad de su bus- ca, en la exigencia que plantean acer-

sale de la habitación y sube por las escaleras).
IURI.
Merecís un premio.
MERCIN.
Gracias.
IURI.
Dejemos una nota a Gratly y volvamos al bosque. Quisierais ir al hospital. Tengo un plan perfecto. Esta noche nos desquitaremos de lo mejor...
MERCIN.
Tendrás algún cuento nuevo?

IURI.
Y qué cuento. Aquí hay papel. (Se sienta y comienza a escribir).